

La epopeya de la clausura

Honor al abogado de la literatura

Christopher Domínguez Michael

Marcel Reich-Ranicki puede ser definido como el último de los grandes críticos literarios o como el único de los críticos literarios del siglo XIX sobreviviente en el siglo XXI. A través de la prensa y en la televisión, Reich-Ranicki, judío polaco nacido en 1920, se ha servido de los instrumentos de nuestra época para seguir dando, desde la vieja crítica, la batalla por la literatura. Su dominio sobre la escena literaria alemana se asemeja —dice humorísticamente el crítico inglés Clive James en *Cultural Amnesia* (2007), su enciclopedia sobre la cultura contemporánea— a un reinado del terror en el cual aun los alemanes que no leen o que leen muy poco saben perfectamente quién es Reich-Ranicki. No volverá a haber un crítico que pueda presumir de semejante omnipresencia.

Tras la publicación, en lengua española, de *Thomas Mann y los suyos* (1987), *Mi vida* (2000) y *Siete precursores. Escritores del siglo XX* (2003), apareció *Los abogados de la literatura* (Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores, Barcelona, 2006), que quizá sea el más personal de los libros de Reich-Ranicki, pues es algo más que una autobiografía: es la obra dedicada a la única, a su verdadera familia, la crítica literaria alemana. El recorrido de Reich-Ranicki por su galería comienza en el siglo XVIII, con Lessing, el padre fundador y el seductor que manejó todos los registros de la polémica, y sigue con Friedrich Nicolai (1773-1881), el empresario cultural obsesionado con la dispersión de Alemania en cien pequeñas ciudades y que murió privado del afecto y de la admiración de aquéllos a quienes quiso ilustrar. Y Goethe, como ocurrirá páginas más adelante con Thomas Mann, no le merece a

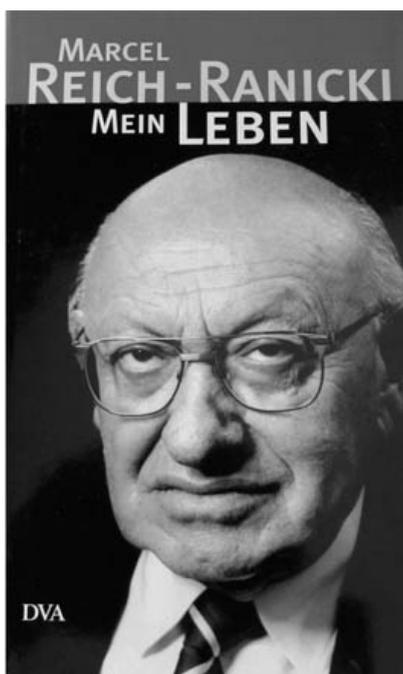
Reich-Ranicki demasiada consideración como crítico: era un egomaniaco concentrado en su propio genio, un patriarca que leía a sus contemporáneos por deferencia y un soberano que tenía demasiados compromisos entre sus súbditos como para decir la verdad. “Goethe”, decía Ludwig Börne (1786-1837), otro de los críticos retratados, “era un águila que anida bajo la cornisa de la casa de un sastre”.

Leer *Los abogados de la literatura* es, en buena medida, una experiencia frustrante. La gran mayoría de los críticos retratados no han sido traducidos del alemán y nunca lo serán porque fueron, además, críticos de teatro, lo cual dificulta aún más una apreciación que sólo permite constatar que, a diferencia de lo ocurrido en otras culturas

contemporáneas, en la Alemania de Reich-Ranicki el teatro siguió siendo parte esencial del reino de la literatura. En ese orden, poco podemos decir de “abogados de la literatura” como Alfred Kerr (1867-1948), Alfred Polgar (1873-1951) o Seigfried Jacobsohn (1881). Más cercana, en cambio, nos es una figura como la de Moritz Heimann (1868-1925), lector de S. Fischer, una de las grandes casas editoriales alemanas, el silencioso y fantasmagórico personaje que está detrás de tantas carreras literarias.

Sería imposible, en cualquier caso, imaginar, en Londres, en Nueva York o en París, a un crítico con la autoridad que se ejerce en *Los abogados de la literatura*. Asombra el espíritu de cuerpo que anima al libro: la convicción de que la historia de la crítica alemana es la historia de su literatura y que una y otra caben en el puño o en la mano abierta de Reich-Ranicki. No le interesan mucho las otras literaturas: a Shakespeare lo tiene por un espíritu germánico y sólo se pone en estado de alerta cuando las influencias de Shaw o de Beckett se han tornado angustiosas o nocivas para el teatro nacional alemán. Quizá no podía ser de otra forma en una literatura fundada, por Lessing, con la *Dramaturgia de Hamburgo* (1768). Y sólo cita, cosa curiosa, a Roland Barthes entre los críticos extranjeros y lo hace en abono de Hilde Spiel (1911-1990), la única mujer que aparece en el libro.

Reich-Ranicki siempre pone en entredicho a las reputaciones manidas. En *Siete precursores* decía que la obra de Robert Musil es sólo la ruina de un proyecto y que Kafka, para quien realmente lo quiera comprobar en sus cartas de amor y de no-amor, era un vanidoso y letal manipulador de mujeres.



En *Los abogados de la literatura*, el crítico afirma que Walter Benjamin, “autor de algunos de los ensayos más bellos de la primera mitad del siglo XX”, fue, como crítico literario, una nulidad y como perseguido político un personaje dudoso. Reseñaba rutinariamente, por motivos estrictamente pecuniarios y aquello de que quería ser “el primer crítico de Alemania”, como le confió Benjamin a Gershom Scholem en una célebre carta, no fue sino una fanfarronada. Reich-Ranicki dice que, salvo en el caso de Alfred Döblin, Benjamin jamás se ocupó de ninguna de las obras maestras alemanas aparecidas en los años de su ejercicio como reseñista, en los que dejó pasar alegremente y sin comentario alguno a Hermann Hesse, Joseph Roth, Anna Seghers, Karl Tucholsky, Musil, Arnold Zweig, los hermanos Mann o Franz Werfel, entre otros. En 1933, dice Reich-Ranicki, Benjamin se fue de Alemania menos por temor a los nazis que porque nadie lo publicaba, y los artículos después enviados desde el extranjero

eran inocuos, propios de un hombre reservado y secreto, de un hermeneuta pero no de un crítico literario con carácter. Y la muerte de Benjamin en Port-Bou, una de las escenas más dramatizadas en la historia intelectual del siglo pasado, no parece impresionar a Reich-Ranicki, él mismo sobreviviente del gueto de Varsovia.

No en todos los casos, debe decirse, el procedimiento de Reich-Ranicki parece de todo inmaculado, como ocurre con Ernst Jünger, a quien nunca había querido mencionar aduciendo la sentencia dictada por Mann en el hundimiento del hitlerismo: ni aunque hablase la lengua del paraíso se libraría Jünger del cargo de haber compartido la mesa con los asesinos. Sirviéndose de las opiniones del historiador Golo Mann (1909-1994), el hijo sobreviviente de Thomas, el crítico habla de Jünger por interposición persona: hombre que “cabalgó tempranamente el corcel del profeta”, fue una estatua parlante que no le habla al lector sino que le da órdenes. Tampoco parece

muy justo el estudio dedicado a Hans Mayer (1907-2001), el autor de la *Historia maldita de la literatura* (1975) y un crítico, como Reich-Ranicki, venido de la antigua República Democrática Alemana y del marxismo.

El poeta Heinrich Heine (1797-1856) ocupa un lugar muy cercano al corazón de Reich-Ranicki: el escritor judío que hace suyo el espíritu de la literatura alemana, porque al haber nacido siervo ama más la libertad y porque, condenado a la puerta cerrada del gueto, no le basta como patria la ciudad o la provincia, sino la lengua y su inmenso mundo. Y a Heine pertenece una de las definiciones del crítico que a Reich-Ranicki más le gusta, coherente con su noción del crítico como árbitro supremo: “Los críticos son como los lacayos apostados a las puertas de la sala de baile de una corte: pueden rechazar a las personas no autorizadas y dejar pasar a las otras, pero ellos mismos, los porteros, no tienen derecho a entrar”. **U**



Marcel Reich-Ranicki

